





LOS DIOSES DE BESEEREVIA



Juan Luis Monedero

LOS DIOSES DE BESEEREVIA



Primera edición: noviembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Luis Monedero

© Ilustración de portada: Nelson Barragán

ISBN: 978-84-17961-82-4

ISBN digital: 978-84-17961-83-1

Depósito legal: M-34580-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Gerardo, el primero que me animó a seguir



LOS DIOSES DE BESEEREVIA

En el país de Beseerevia se cuentan muchas leyendas e historias. Se hacen pasar por reales, aunque no todo el mundo las cree. Quizá tal afición nace de que en Beseerevia la vida real no es siempre tan hermosa como los relatos. Tal vez se cuentan tantas historias porque a la gente de Beseerevia le gusta soñar. Quizá, y esto es lo más probable, existen muchas leyendas porque en Beseerevia es difícil separar lo que es real de lo que no. Acaso Beseerevia no es real y lo más real de ella sean sus leyendas. Nunca es fácil decidir si algo es real.

¿Son reales los dioses? Las gentes de Beseerevia, como muchas personas en nuestro mundo, suelen pensar que sí. Y que esos dioses se comportan, en ocasiones, como seres humanos con su propio carácter difícil de entender. Y que tales divinidades se inmiscuyen, a veces, en los asuntos humanos. O tal vez sean los humanos los que se entremeten en los asuntos de los dioses.

Cuenta una leyenda de Beseerevia que existen dos amantes.

Era tan grande el amor entre Naúj y Cino que nada más existía para ellos. Trabajaban para subsistir. No es difícil trabajar aunque la mente esté puesta en otros asuntos. Se relacionaban con su familia y sus amigos. Comían, dormían. Pero, ante todo y por encima de todas las cosas, se amaban. Era tan grande el amor que se profesaban que llegaron a olvidarse por completo de los dioses a los que solicitaron que les concedieran la felicidad. Y, si es cierto que los dioses no intervinieron a favor de ninguno de los amantes, puesto que el amor brotó entre ellos de forma natural e inevitable,

sin que sortilegio alguno hubiera sido capaz de modificar el alcance de sus sentimientos, no es menos cierto que algunos dioses se tomaron a mal aquel olvido. Por eso, los más crueles entre los dioses, Katúa y Palij, el dios del aceite hirviendo y la diosa del agua de los naufragios, que se odiaban profundamente, se pusieron de acuerdo para castigar a la feliz y olvidadiza pareja. Ningún dios se opuso a los designios de estos dos, puesto que todos se habían sentido ofendidos por los amantes. También es cierto que pocos entre ellos se atrevían a contrariar a sus malvados hermanos. Bien valía sacrificar a los humanos desagradecidos antes que fomentar una disputa divina.

La venganza de los dioses fue terrible y, según se dice, eterna. El joven Naúj y la bella Cino se habían dado palabra de amor, que es un vínculo aún más fuerte que el matrimonio, y vivían juntos como marido y mujer. Solo se separaban cuando por la mañana, yendo al trabajo, habían de tomar caminos distintos en la bifurcación del sendero. Naúj marchaba hacia el campo donde pastaba el rebaño de su amo. Cino caminaba hasta el lavadero dispuesta a dejarse las manos en el duro empeño de limpiar la ropa del amo. Tan cruel amo, que separaba durante todo el día a los amantes y a cambio del duro esfuerzo pagaba míseros jornales, era un ángel de bondad en comparación con los malvados dioses.

La venganza de Katúa y Palij fue terrible y desproporcionada. Su odio no tenía límites ni sus castigos medida. Se cuenta que algún dios, secretamente, se apiadó de los enamorados, pero no era tan fuerte su deseo de ayudarlos como intenso el de venganza de sus hermanos.

Una mañana, Naúj y Cino se separaron como cada día en la bifurcación del sendero. Se besaron con la pasión habitual, sin saber que ese sería el último beso de su vida feliz. Quizá si lo hubieran sabido nunca hubieran concluido aquel beso. Quizá nunca se habrían separado de forma voluntaria. Pero, pensando que era solo un día más, se marchó cada cual a su trabajo, convencidos los dos de que, por la noche, la tristeza de la separación se vería compen-

sada por la inmensa alegría del reencuentro. Ambos se engañaban. Se separaron como siempre y con ello facilitaron la misión de los crueles dioses.

Naúj no llegó junto al rebaño. Al sobrepasar un altozano, la silueta de Cino se perdió de su vista. Naúj dejó de mirar hacia atrás. En su retina todavía se agitaba la última imagen de Cino caminando hacia el lavadero. Entonces, al fijar la vista en el camino, Naúj vio ante sí una figura espléndida y terrible. Un gigante anaranjado, de grandes melenas de fuego, se le presentó envuelto en llamas. Era Katúa, rodeado por su infierno particular. Aunque el enamorado no lo sabía.

—¡Mortal! —tronó con voz poderosa—. Has ofendido a los dioses y debes pagar tu atrevimiento. ¿Acaso no alberga tu corazón amor suficiente para mostrarte agradecido a tus creadores?

Naúj no contestó. Desde la mente de aquel gigante de fuego se proyectó en la del joven la imagen de su supuesto pecado. Se le representaron Cino, su común amor y la envidia y el odio de los dioses. Quizá el dios esperaba su arrepentimiento que, seguramente, no habría atraído su clemencia. Pero Naúj solo sintió una enorme ternura y el dios leyó el único pensamiento de su mente: «no le hagáis daño a mi Cino».

—No, ella no va a morir. Ni tú tampoco. El castigo será más doloroso que ese.

Y entonces Naúj se vio envuelto por las doradas llamas del dios, sintió que el mundo daba vueltas y perdió el sentido.

Cino sí llegó al lavadero. Dejó el cesto de la ropa a su lado y se dispuso a extender una sábana sobre las piedras bañadas por las claras aguas del arroyo. Entonces el agua hizo un ruido extraño, que pareció una mezcla de croar de ranas y risotada. Del arroyo se elevó una figura imponente, transparente y nítida a la vez, como si estuviera tallada en un cristal refringente que se teñía con tonos magenta al ser atravesada por la luz matutina. Se trataba de la diosa Palij. Cino no lo sabía. La diosa dio un salto sobre la joven y la tiró contra el suelo, bañándola con sus aguas pegajosas. Cino empezó

a toser, presa de las agonías de la asfixia, pero la diosa se levantó y la dejó respirar.

—No, no te voy a matar, Cino maldita. Tu pecado es demasiado grande para tan poco castigo.

Por la mente de la enamorada cruzaron los pensamientos de la diosa. Conoció así su culpa y la ira de los dioses. No dijo nada, pero la diosa pudo leer su único pensamiento: «castigadme a mí, pero no hagáis daño a mi dulce Naúj».

La diosa, indignada, se agitó salpicando con sus mortíferas aguas los pies de la joven, que empezó a temblar de pánico.

—No lograrás enternecernos. Ambos sufriréis el castigo que habéis merecido.

Entonces las aguas mortales de la diosa envolvieron a Cino, pero la mujer no se ahogó. El mundo comenzó a dar vueltas. La joven perdió el conocimiento.

Cuando Cino despertó se sentía confusa. No sabía quién era ni dónde estaba. Sí que sintió vergüenza de su desnudez. Notó frío y, sin saber muy bien el porqué, se echó a llorar. A lo lejos divisó humo. Debía tratarse de una aldea. Asustada y perdida, la joven echó a caminar en aquella dirección. Mientras andaba encontró unas grandes hojas con las que intentó taparse. La joven sabía hacer muchas cosas, pero no sabía lo principal. Comprendía, eso sí, que algo faltaba dentro de su cabeza y ese algo eran los recuerdos de toda una vida.

Naúj se despertó en un lugar desconocido. Su primer y único pensamiento fue para Cino. Su amada estaba en peligro. La cabeza le daba vueltas. Recordaba la amenaza del dios. Pero se encontraba perdido y confuso. Debía serenarse. ¿Qué había sucedido? Una voz dentro de su cabeza pareció responder a la pregunta: «Cino ha desaparecido y te ha olvidado. Y tú te hallas en el otro extremo del mundo. Tan lejos de ella que nunca la podrás encontrar». Lágrimas de desesperación corrieron por las mejillas del joven. Naúj echó a correr sin saber dónde iba ni en qué lugar se encontraba. Como loco, agitaba la cabeza en un repetitivo gesto de negación. Aquello no podía ser cierto. Cino no podía desaparecer sin más de su

vida. Tal separación era más cruel que la muerte. Los dioses habían cumplido su amenaza.

En cierto modo, Cino fue más afortunada. Ella, que nada recordaba de su vida pasada, llegó a una granja. Los dos ancianos que allí moraban se apiadaron de la joven. Los enterneció su tristeza, para la que ni ella misma tenía explicación. La acogieron entre ellos y la pusieron a trabajar en la casa. A Cino la devoraba una melancolía indescriptible. No sabía explicar por qué, pero sentía que le faltaba algo y que sin ello no podía vivir. Los ancianos, buenos como poca gente hay en el mundo, la tomaron por su hija y la llamaron igual que aquella otra que perdieron muchos años atrás: Olid.

Naúj se sobrepuso a la desolación. Le bastaba con saber que Cino seguía con vida. Eso daba un objetivo a su propia existencia. Debía encontrar a Cino y recuperar la felicidad perdida. Su amor triunfaría sobre todas las desgracias, venciendo incluso la cólera de los dioses. Naúj se enteró de que se encontraba en el confín del mundo. Debía ir hasta el extremo contrario. Recorrer todo el mundo conocido hasta encontrar a su amada Cino.

Era sorprendente que para la joven Cino no pasaran los años. Ulmed, el hijo de los ancianos, se quedó prendado de la belleza de la joven, también de su insondable tristeza. La joven lo rechazó. Los ancianos no la obligaron a nada, aunque sentían lástima de su inexplicable melancolía. Los años transcurrieron y Ulmed se marchó a la ciudad para no volver. Murió el anciano, murió su mujer. Cino, la que ahora se llamaba Olid, quedó a cargo de aquella granja. Pese a su eterno desánimo fue capaz de sacarla adelante. Unos días comía, otros no. Unos días trabajaba y otros se los pasaba suspirando. Pero ni envejecía ni su rostro se demacraba por la tristeza o su cuerpo enflaquecía por el ayuno. Más que de persona viva, su existencia se parecía a la de los espíritus que no encuentran acomodo en este mundo ni en cualquier otro y vagan por doquier en busca de una paz imposible. Sentía que había un vacío en su cabeza, pero le dolía, sobre todo, el tremendo e inexplicable vacío de su corazón que la hacía llorar sin consuelo ni motivo aparente.

Naúj recorrió todos los pueblos y ciudades. Atravesó campos, ríos y montañas. En sus ojos brillaba la determinación, en su pecho ardía una pasión imposible de consumir que lo obligaba a proseguir su camino sin mirar atrás. Al final de su recorrido lo esperaba Cino. Solo la muerte, suya, de ella, de ambos, podría evitar que cumpliera su destino. Naúj trabajaba por alimento, pedía, suplicaba información sobre su amada. Casi no comía. Casi no paraba. Pero sus ojos seguían brillando como ascuas ardientes, incapaces de atisbar otra cosa que la silueta perdida de la dulce Cino. Sorprendentemente, Naúj no envejecía. No aparecían canas en su cabello, ni sus fuerzas menguaban ante el excesivo esfuerzo y la falta de alimento. Caminaba y caminaba sin cesar. Solo se detenía para recabar información y buscar un sustento del que solo de tarde en tarde se acordaba. Únicamente los andrajos que cubrían su cuerpo y la desesperada expresión de su rostro mostraban a las claras su sufrimiento y las penalidades que atravesaba.

Un día Cino —Olid— vio que a lo lejos se dibujaba la silueta de un hombre. Sintió miedo. Ella estaba sola y era débil. Más débil aún por cuanto que no sentía grandes deseos de vivir. Temió que el extraño que se acercaba a la granja fuera un malhechor, alguien dispuesto a hacerle daño. Luego, con la tranquilidad que da la resignación, decidió que ojalá fuera así. Llevaba allí viviendo años y más años, acompañada tan solo por el desesperado anhelo de recobrar la memoria perdida y, ante todo, sanar de algún modo su dolorido corazón vacío, aquel que le hacía penar sin saber el porqué. Pero el extraño sería tan solo un viajero, un paseante, un mendigo. Alguien que pasaría de largo sin saber cuánto deseaba aquella joven vieja la paz de una muerte que no se sentía capaz de buscar por sí misma.

El extraño era Naúj. Su corazón palpitaba acelerado como ya le había sucedido en otras ocasiones. Tras años de búsqueda infructuosa sabía que la irracional esperanza le hacía ver a Cino donde no estaba. Una silueta lejana, el gesto de una desconocida en la penumbra, le hacían recordar a Cino y pensar que la había encon-

trado. Solo para comprobar que se había confundido y que la breve esperanza se convertía en el más cruel de los dolores, tan intenso que parecía capaz de romperle de una vez el corazón, lo cual, quizá, habría sido incluso deseable. En esta ocasión se acercaba a una granja. Naúj sabía que había llegado al confín de aquel extenso continente. Y no había encontrado a Cino. Quizá ella estaba muerta, pero Naúj se negaba a aceptarlo. Antes volvería sobre sus pasos y buscaría una y mil veces a Cino en todas las tierras que ya había rastreado palmo a palmo. Quizá ella había viajado a otro lugar y se habían cruzado. O quizá era realmente Cino la joven que se asomó a la puerta de aquella casa. Se movía como ella. Su silueta le devolvía la última imagen de Cino cuando aquel fatídico día se despidieron y ella caminaba hacia el lavadero. Naúj aceleró el paso, con el corazón alterado, inconscientemente convencido por la intuición de que su amada se hallaba muy cerca, pero racionalmente seguro de que al final de la carrera lo esperaba el desengaño.

Cino —Olid— vio acercarse al viajero. Vestía como un mendigo, como el más miserable de los pordioseros. Era joven y apuesto, fuerte y ágil. Conforme se aproximaba, había empezado a correr hacia ella. Cino debió haber sentido pánico, pero, por alguna razón, se resignó a su suerte. Quizá, después de todo, aquel miserable acabaría con sus penas. Cino pudo ver el rostro de Naúj, pero no lo reconoció, tan olvidado estaba para ella. Aquel joven tenía la expresión de un lunático. En su rostro brillaban unos ojos terribles, cargados de obsesiva desesperación. Sin saber por qué, Cino empezó a llorar. ¿Acaso temía por su vida?

Naúj no podía creer lo que veía: la que esperaba plantada frente a aquella casa, mirándolo con fijeza, era su querida Cino, aquella a la que nunca había podido olvidar. El joven aceleró el ritmo de su carrera. No podía dejar de mirarla. Lágrimas de inmensa alegría acudieron a sus ojos. Cino también lloraba, aunque no se movía de su sitio. No avanzaba a su encuentro. Parecía asustada.

—¡Cino, mi amor! —exclamó el joven cuando se encontró a unos pasos de su amada.

Ella lo observaba perpleja. Temblaba como una hoja cuando Naúj la abrazó. El joven siguió mirándola, incapaz de apartar sus ojos de tan bello y añorado rostro. Cino se mantenía exactamente como la recordaba. Una voz agorera resonó entonces en sus oídos: «Cino te ha olvidado».

—¡Qué te han hecho, qué te han hecho! —gritó el joven sin poder contener el llanto.

Cino lo miraba sin comprender. Quizá todavía esperaba la muerte. Tan cruel es el olvido que el reencuentro no había resañado la inexplicable herida de su corazón ni le había curado la melancolía de una pérdida que acababa de ser remediada, aunque ella no lo comprendía.

Naúj, incapaz de contenerse, se dejó llevar por la emoción. Sin parar de llorar, acarició el bello rostro de la joven, secó sus lágrimas con el dorso de la mano, aunque él no podía contener su propio llanto. La besó en las mejillas, la besó en la frente, sin dejar de repetir, como si no pudiera decir ni pensar en otra cosa: «¡qué te han hecho!». Cino, confusa, no emitió una sola palabra. Seguía temblando, aunque intuía que aquel extraño debía de ser una parte de su pasado perdido. Ahora, sin embargo, el desconocido no le inspiraba ninguna emoción.

Finalmente, los labios de Naúj se posaron sobre los de Cino y un beso cálido, apasionado, portador de un amor contenido durante años de búsqueda desesperada, fue capaz de romper momentáneamente el maleficio. Cino, que al principio trató de rechazar al extraño, recuperó instantáneamente la memoria perdida. Sus lágrimas adquirieron un doloroso sentido y sus brazos, inertes hasta entonces, abrazaron a su amado. Sus rostros, después del largo beso, se separaron lo suficiente como para mirarse. El reconocimiento y la felicidad brillaban en los ojos de ambos.

—¡Naúj!/¡Cino! —dijeron al unísono, y los nombres sonaron indistintos.

Entonces una nube de fuego y agua los envolvió y los hizo girar sobre sí mismos. Trataron de oponerse. Intentaron sujetarse. Pero

una fuerza mayor que la suya tiró de ellos y los separó. La nube de fuego arrastró a Naúj. La de agua se llevó a Cino. Terribles risotadas resonaron en sus oídos y entonces, en la vorágine de un torbellino, se hizo el silencio. Ambos amantes se observaron por última vez. En sus ojos brilló brevemente el pánico y ambos, en un instante, perdieron el sentido.

Naúj despertó en una granja. No sabía quién era. No comprendía dónde estaba. Pero un fuego interior lo devoraba. Era como si le hubieran arrancado el corazón y en su cerebro, vacío de pensamientos, una incontenible tristeza repiqueteaba haciéndole llorar sin motivo.

En el otro confín de la tierra despertó la joven Cino. Con los ojos arrasados de lágrimas añoró a su amadísimo Naúj. ¿Qué había sucedido? Una voz terrible y gorjeante resonó en su cerebro: «Naúj te ha olvidado. Está en el otro extremo del mundo. Tan lejos de ti que nunca podréis reuniros de nuevo». Era la maldición de los dioses, en boca de la cruel Palij. Cino lloró durante horas. Pero, finalmente, se sobrepuso al dolor. Recordó su olvido, su soledad en la granja, la desesperada búsqueda de Naúj y su breve encuentro. Ella también debía buscar a Naúj. Ese sería el objetivo de su vida. Aunque fuera un objetivo sin esperanza. Dicho y hecho: Cino empezó a caminar con un brillo de determinación en la mirada que no desapareció hasta encontrar su destino.

Desde entonces ha transcurrido una eternidad. Se dice que Cino y Naúj se han reunido cientos de veces y que, durante un instante, han recobrado la felicidad para luego caer nuevamente en la más cruel de las desesperaciones. Pero siempre aquel que conservaba la memoria ha recorrido el mundo en busca del ser amado. Nunca han pedido perdón a los dioses puesto que, según ellos lo ven — tan ciego y absorbente es su amor—, no hay ningún pecado del que arrepentirse. Los crueles dioses no han dado muestras de misericordia. Un castigo divino solo es verdadero castigo si es eterno.

Es por ello por lo que en Beseerevia, donde las leyendas se mezclan con la realidad, todavía se mantiene la costumbre de que,

en cada boda que se celebra, los enamorados elevan una breve plegaria por el perdón de Naúj y Cino, los eternos amantes, aunque no demasiado vehemente, no vaya a ser que los dioses, en vez de apiadarse de la triste pareja a la que castigaron, dejen caer su ira sobre los felices jóvenes que ahora celebran sus esponsales.

LAS PUTAS DE BESEEREVIA

Las prostitutas de Beseerevia no se parecen a las de ningún otro lugar. La prostitución no es un oficio en la tierra de Beseerevia. Hay prostitutas, sí, pero no comercian con su cuerpo como en otros sitios. En Beseerevia las prostitutas son mujeres respetadas y dignas de lástima. También mujeres envidiadas y admiradas, cuando ven colmados sus deseos y pueden abandonar su penoso estado.

Cuando una mujer, con tono triste y voz apagada, anuncia que va a terminar sus días en el templo, está claro lo que aquello significa.

Todos saben cuánto sufren las prostitutas. Y es por ello por lo que otro dicho popular compara los sufrimientos más penosos a los que debe arrostrar cualquier prostituta. Las penas a las que se hace referencia, así como el estado que se ha venido en llamar penoso, no se refieren al propio hecho de prostituirse, sino a un momento anterior en el tiempo durante el cual una joven vio roto su corazón y se sintió abocada al cruel destino de la prostitución.

Un destino cruel, sí, pero con un lugar para la esperanza.

Las prostitutas existen en Beseerevia desde hace mucho, mucho tiempo. Pero se cuenta que no siempre hubo prostitutas en Beseerevia. Las costumbres del país nunca han favorecido la inhibición de la propia sexualidad ni mucho menos el mercadeo sexual. No existen los matrimonios de conveniencia. La pureza no reside en la cópula. Existe amor libre. Existe, no obstante, fidelidad. Pero nunca a nadie, en esas circunstancias, se le ocurrió pagar a cambio de

favores sexuales. Salvo quizá al rey Urgunitaar cuando se enamoró de la princesa Berseeva y ofreció su reino a cambio del amor que la bella no le quiso entregar. Pero esa es otra historia con la que no merece la pena interrumpir nuestro relato.

Dice la leyenda que la primera prostituta se llamó Isul. Se cuenta que Isul era la joven más bella que jamás pisó la tierra de Beseerevia. Isul era hermosa. Isul era dulce. Isul era tierna. Isul era buena. La hija de la que se enorgullecían sus padres. El objeto de deseo de todos los jóvenes del lugar. Pero Isul se enamoró de quien menos le convenía.

Habitaba en el pueblo Oredén, al que otras generaciones llamarían el Traidor. Oredén era el joven más valeroso. El más fuerte, el más hermoso, el más sagaz. El más caballero. Oredén dio palabra de amor a Isul y luego marchó a la guerra. Incluso en el bello país de Beseerevia existía en otros tiempos espacio para el dolor. Incluso para el más inútil y terrible: el de la guerra. Oredén prometió a Isul que se casarían a su regreso y la joven cumplió con su parte en el compromiso. Si antes no tuvo Isul ojos para ningún varón que no fuera Oredén, no iba a cambiar la situación con su ausencia. No se trataba de un sacrificio. Isul no podía pensar en otro que no fuera su amado Oredén, el aguerrido guerrero y conquistador de voluntades. Un corazón empeñado de veras jamás renuncia a la fidelidad que le inspira su propio sentimiento. El de Isul no flaqueó. Ni por un momento dejó la joven de pensar en su guerrero. Soñaba con él y su vuelta y se atormentaba, en los breves momentos de desánimo, con la terrible idea de que su amado podía perder la vida en el campo de batalla.

La guerra se prolongaba y Oredén no regresaba. Isul lloraba amargamente por todo el tiempo perdido, por la larga separación. Muchos pretendientes acudían buscando en sus brazos un consuelo que la bella guardaba para su amado Oredén. De este solo llegaban noticias difusas que traían algunos soldados del pueblo cuando regresaban de tarde en tarde; unos, tullidos; otros, licenciados; los más, por ver a las familias durante un permiso. Oredén no volvía para visitar a los suyos. Oredén no enviaba mensajes. Isul perseguía

a todos sus compañeros de armas y les suplicaba noticias del amado. Algunos decían no conocerlo. Otros ensalzaban su valor y arrojo. Varios vinieron diciendo que era capitán; otros, que pertenecía a la guardia real. Oredén era un gran guerrero. Pero el corazón de Isul se consumía. Al cabo de poco tiempo, dejó de ser necesario que Isul consultara a los soldados acerca de Oredén. La carrera del joven había progresado hasta alturas insospechadas. Era el hombre de confianza del rey Bastidas, al que la historia llamaría el Sanguinario, cuya guardia dirigía. Oredén fue nombrado general. Oredén era ministro de la interminable guerra... Oredén se casaba con la princesa Moncia, tan hermosa como retorcida, malvada al decir de muchos. Y el corazón de Isul, la fiel amante que lo había esperado por espacio de seis años, estallaba en mil pedazos, sumiendo a su propietaria en la más profunda de las tristezas.

El llanto de la joven se hizo inconsolable. Su pena alcanzó los límites de la locura y nada hubo capaz de salvar a Isul de los lúgubres pensamientos que la conducían a la demencia. Isul, despechada, traicionada, a su parecer, por su amante al que había entregado algo más que la propia existencia, pensó que dicha vida ya no valía nada. Estuvo tentada de autoinmolarse, pero solo su locura, mayor que la propia de los suicidas, le impidió cometer tal crimen. En vez del suicidio, la locura de Isul encontró otra vía de escape que no la libró de los interminables tormentos del espíritu.

Se dijo que, ya que Oredén la había rechazado, ya que su vida no valía nada, igual que había sido inútil su fidelidad, ya no debía preservar su virtud para el amante perdido. En lugar de ello, Isul decidió entregarse, como prolongación del sacrificio de tantos años de su vida, a los brazos de todos aquellos vecinos y extraños que una vez solicitaron sus favores. Isul se convirtió en prostituta, enmascarando con su forzada promiscuidad el inmenso vacío de su corazón. Isul se sentía sucia y miserable. Era, quizá, lo que deseaba en aquel tiempo, demostrarse a sí misma cuán impura era, cuán poca cosa para el brillante Oredén, ministro de la guerra en el reino de Su Majestad.

Fueron muchos los que compartieron el lecho de Isul durante aquel tiempo. Unos eran malvados deseosos de satisfacer sus bajos instintos. Había seres lujuriosos y deformes, curiosos que pasaban por el lugar y no se resistían a visitar a la desgraciada. Algunos eran buenos hombres que esperaban salvar a Isul de aquella triste situación a través de la desinteresada entrega del amor que habían guardado para ella durante años de inútil espera. Había quienes, después de pasar una noche junto a la bella Isul, quedaban tan prendados de ella que, al margen de la locura de la joven, enloquecían ellos mismos de amor y pretendían quedarse al lado de Isul para seguir compartiendo su lecho. Pero Isul, tan loca en amores como sensata en otros asuntos, se negaba a repetir una sola noche de pasión con cualquiera de sus momentáneos amantes. Muchos corazones fueron rotos así por la indiferencia de Isul. Pero ella, que decía pertenecer a todos, puesto que ya no podía ser de Oredén, rechazaba las atenciones de sus amantes, ninguno de los cuales era capaz de rellenar el inmenso hueco existente en el corazón de aquella mujer. Ningún amor resultaba suficiente, por sincero que pretendiera ser, para cerrar la llaga sangrante abierta en su atormentado espíritu.

Así transcurrieron varios años en la vida de Isul. Aquello era, en cierto modo, peor que la muerte, pues sirvió a la joven para alimentar, como un tormento, las llamas de la pasión insepulta. Ningún amor es tan intenso y doloroso como el rechazado. Ninguna pena tan persistente como la que no se quiere olvidar. El alma de Isul estaba muerta y la entrega de su cuerpo solo era una ofrenda morbosa en el altar de la felicidad perdida.

Entretanto, la situación del reino cambió. La guerra concluyó sin que hubiera un bando ganador. Los muertos hallaron reposo en sus fosas sin que sus familias tuvieran ocasión de justificar la pérdida de los seres queridos con el dudoso éxito en la campaña. El rey Bastidas iba envejeciendo y su hija Moncia se hacía más y más ambiciosa, cada vez con carácter más agrio y desagradable. Su marido, Oredén, fue nombrado regente a la espera de que

Ubisial, el benjamín de la familia real y único vástago varón del monarca, alcanzara la mayoría de edad. Pero Oredén, incitado por Moncia, no se conformó con aquel papel. Si Oredén amó alguna vez a Moncia, aquel afecto había muerto ya hacía mucho tiempo. Si Moncia soportaba a Oredén no era tampoco por amor. Solo esperaba convertirlo en artífice de una nebulosa venganza contra su padre y soñaba con convertirse, a su vez, en reina de Beseerevia. Oredén asesinó a Bastidas, Moncia asesinó a su hermano y a su madre. Marido y mujer, por una vez de común acuerdo, se empeñaron en la monstruosa tarea de eliminar a todos los miembros de la familia real que pudieran discutir el derecho de los parricidas a la sucesión. Se derramó tanta sangre como en una guerra, con tan poco objeto como en aquella y con la agravante, si es que en la muerte se pueden establecer diferentes grados de ofensa, de que las víctimas murieron sin poderse defender.

Pero las venganzas son peligrosas para quien las lleva a efecto. Por dos razones ante todo. Primero, porque el exceso de violencia despierta suspicacias y temores que pueden conducir al uso de la misma violencia contra el vengador por parte de quien nada tiene que ver con las supuestas víctimas. Segundo, porque si la venganza es incompleta y no extermina a todos los enemigos, alguno de ellos puede alzarse contra el vengador, aunque solo sea en defensa de su propia vida. Tal fue el caso de Perlián, poderoso duque y primo de Moncia, quien se alzó en armas contra sus horribles parientes con objeto tanto de defender su propia vida y vengar, a su vez, a todos sus seres queridos, como en aras de la justicia que, en el poco tiempo de gobierno de los parricidas, había sido tremendamente maltratada, quizá por simple olvido, en todas las tierras del reino de Beseerevia. Miles de guerreros se unieron a Perlián y sus huestes. Unos porque amaban la justicia y otros porque temían su propio futuro en aquel reinado de terror. El pueblo también se puso del lado de Perlián. No podía ser de otro modo. En pocos meses, el duque conquistó la última fortaleza de los reyes Oredén y Moncia. Los dos sanguinarios intentaron forzar a sus huestes

al sacrificio de sus vidas con tal de salvar las propias, lo cual solo sirvió para acelerar el fin de su reinado, pues el castillo fue entregado sin que apenas fuera vertida sangre. Ni tan siquiera la de los dos traidores, cuyas vidas se respetaron después de rendirse. A Perlián, que era aclamado en las calles como rey de Beseerevia, le servían más estando vivos que muertos. Vivos los podía exhibir como símbolo de aquello en que no debía convertirse el reino. A la vez, los dos asesinos simbolizaban la clemencia del nuevo rey. Aunque su indulgencia no fue tanta si tenemos en cuenta que su primera orden como nuevo rey de Beseerevia fue encerrar a sus primos en la torre más alta de la cárcel más segura del reino. Allí los dos traidores quedaron condenados a convivir durante el resto de sus vidas, soportándose día tras día como el matrimonio que formaban. Oredén y Moncia pensaron al principio que podrían escapar de su celda y pasaban los días planeando su fuga y su venganza. Con el tiempo comprendieron que su encierro sería eterno y que ningún castigo podía ser tan cruel como el de hacerlos vivir juntos hasta el fin de sus desgraciadas existencias.

La segunda orden supuso la alegría de todo el pueblo de Beseerevia. El nuevo rey anunció que al cabo de tres días se celebrarían, a la vez, su boda y su coronación, por lo que decretaba una semana de fiestas e invitaba a todos sus súbditos a asistir a ambas ceremonias y a participar del convite. La nueva reina consorte era una hermosa mujer a la que pocos conocían. No podían imaginar que aquella dama hubiera sido tiempo atrás la prometida del odiado Oredén. Menos aún que pocas semanas atrás fuera una pobre demente a la que el rey salvó de su locura.

Este episodio de la boda dio pie a la hermosa leyenda que justifica este relato. La nueva reina era la bella Isul. Desde que Oredén la había abandonado por Moncia, Isul había entregado su cuerpo a todos los hombres que se lo solicitaron. Su alma estaba en otra parte, oculta por las nubes de la locura. Hasta que un día, cuando el duque Perlián, llevando su campaña guerrera hasta las lejanas tierras del norte, llegó a la patria de Oredén, conoció a Isul y su

historia. Inmediatamente prendado de su belleza y enternecido por su desgracia, el duque se disfrazó de pastor y acudió a la casa de Isul solicitando yacer con ella. Isul, pese a su confusión, se sintió cautivada por el porte de este nuevo solicitante y su hermoso modo de expresarse. Quizá la fascinó, sobre todo, el dulce afecto que brotaba de los ojos de aquel bello mancebo. Sin más, lo aceptó, como había hecho con tantos otros antes de él. Pero aquella vez todo fue muy distinto. El amor de Perlián, su dulzura y su pasión, fueron armas poderosas para resquebrajar la coraza de indiferencia con que Isul se envolvía. La joven sintió, después de mucho tiempo, la ternura del amor y aquella mañana, cuando se despertó, lloró al ver a Perlián a su lado y pensar que, cuando el joven despertara, probablemente se marcharía como habían hecho todos antes que él, con la diferencia de que esta vez lo iba a lamentar. Se odió a sí misma por haberse dejado arrastrar por la locura y por haberse entregado a tantos hombres a los que no quería para ahora perder, por segunda vez, al hombre amado.

—No te vayas, mi joven amigo —susurró Isul entre lágrimas, segura de que su súplica no era escuchada.

No imaginaba Isul que Perlián, lejos de estar dormido, la espía-
ba con los ojos entreabiertos.

—Isul, no llores más —le dijo a la vez que se incorporaba del lecho—. El tiempo del llanto ha concluido y Oredén ya no existe. Nunca mereció tu sacrificio ni tu pena. Ahora te convertirás en mi compañera y viajaremos a la ciudad para vivir como nos corresponde.

Isul no comprendía muy bien las palabras de su nuevo amante, pero aceptó gustosa la oferta de quedarse a su lado, de la cual se cobró un anticipo entregándose nuevamente a sus brazos. Grande fue la sorpresa en el pueblo cuando se supo quién era aquel viajero. Enorme fue el asombro de Isul al comprender que el miserable pastor con quien había yacido era el poderoso duque que lideraba las huestes guerreras que luchaban contra Oredén y Moncia. Isul, recobrado el buen sentido, se maravillaba del olvido de sí misma

y del mundo real al que se había dejado arrastrar en su desesperación.

Perlián sacó a Isul de su penoso estado y al pueblo de Beseerevia de su opresión. A la primera la convirtió en su amada reina y al segundo procuró compensarlo con justicia y buen gobierno por los años de guerra y despotismo. La desgraciada Isul se convirtió en la afortunada Isul, reina y madre de reyes. Hechos como este son los que hacen que algunos ingenuos piensen que cada cual obtiene en esta vida lo que se merece, olvidando tantos y tantos casos de malvados que viven sin castigo y otros semejantes de justos que mueren sin premio.

La historia de Isul pasó a las canciones y los cuentos. Y tuvo tanta fuerza en la memoria colectiva que, con el correr de los años, alguna que otra joven despechada cayó en locura semejante a la de su predecesora y se entregó a los brazos de todos los solicitantes durante una sola noche buscando, a la par que el olvido, el amor sanador de un joven caballero. Poco a poco, la locura se convirtió en costumbre y, hoy en día, cualquier mujer que sufre un desengaño se convierte en prostituta conforme al único modelo conocido en tierras de Beseerevia, el de Isul. La triste prostituta mantendrá su condición, entregándose noche tras noche a los extraños, hasta encontrar al hombre de sus sueños que la saque de la tristeza.

Es el caso que cualquier hombre que busca una noche de placer se compromete a aceptar a la prostituta si ella considera que ha hallado en él su amor perdido. Por ello, solo los hombres que desean ser escogidos por la dama suelen gozar de sus favores. Y muchos hay que, desencantados al ser rechazados con la llegada de la mañana, caen en profunda tristeza, tras haber perdido su corazón entre los brazos de la bella. Cuando una joven se convierte en puta lo hace por desesperación. Cuando encuentra su amor, deja de serlo y se convierte en una mujer respetada y admirada por todos, puesto que fue capaz de perderse a sí misma para volverse a encontrar junto con el amor de su vida.

LA CIENCIA EN BESEEREVIA

El extranjero se acercó al anciano. Parecía un mendigo, aunque su mirada orgullosa no indicaba que su aspecto miserable le causara autocompasión o vergüenza. No obstante, el forastero ofreció su ayuda a aquel hombrecillo. El viejo, divertido, se echó a reír. No se sentía ofendido, pero aseguró que nada precisaba. Al contrario, decidió que era el extranjero quien necesitaba orientación. Así que le contó la siguiente historia:

—Hay muchos dioses en Beseerevia. También muchos demonios. Y no siempre es fácil discernir quiénes son más malvados. En general, la gente de Beseerevia habla de sus dioses con temor y respeto. A todos se les asigna un nombre que recuerda la fuente de su poder. Pero las personas creyentes suelen colocar por encima de todos los demás a un dios menos concreto, al que no dan nombre ni se atreven a describir en términos humanos. Sus demonios son tan variados como sus dioses aunque, entre ellos, no existe ninguno al que consideren líder o cabeza de los demás. A todos los consideran parte de un caos esencial múltiple y confuso que no puede reducirse a la divinidad de lo único. Hay, de hecho, dioses que podrían pasar perfectamente por demonios y algunos demonios que no se diferencian demasiado de los más malvados de entre los dioses tradicionales. Pero, si hubiera que destacar a un demonio peculiarmente detestado, la elección resultaría tan sencilla como sorprendente para cualquier extranjero ignorante. El demonio más oscuro para la gente de Beseerevia es el único que responde a un nombre humano: Endelit, llamado el Iluminado por sus contem-

poráneos. Tal personaje fue real; o histórico al menos. Tan confusa es la realidad de Beseerevia. Endelit murió y, pese a todo, los ciudadanos respetables de Beseerevia todavía maldicen a aquel viejo sabio que algunos malvados se empeñan aún en reverenciar.

«¿Cuál fue el terrible crimen de Endelit, aquel que lo despojó de su humanidad a ojos de sus paisanos y lo arrojó al abismo de los demonios como sus virtudes colocaron a otros héroes entre los dioses? Endelit fue un gran sabio. Fue el primer y más grande científico que pisó nunca la tierra de Beseerevia. Casi todos los ciudadanos maldicen al pecador pero, como siempre sucede en estos casos, también existen algunos demoniacos seguidores de Endelit que, además de reverenciarlo, prosiguen el camino iniciado por el maestro y sus oscuras prácticas de hechicería.

«No ha de sorprender al desinformado que en Beseerevia se lleguen a confundir ciencia y brujería, artes que tan alejadas como enemigas parecen en nuestro mundo. En Beseerevia la realidad no siempre está clara. Al menos, los pobladores de Beseerevia creen tanto en sus leyendas y la magia que las impregna que antes dudarían del mundo que de sus recuerdos colectivos. Y esa es, precisamente, la causa de la condena general a las malas artes del brujo Endelit. No hay mayor pecado a los ojos de las personas pías del país de Beseerevia que pretender hacer pasar por real y previsible el confuso mundo material que los rodea y que engaña a sus sentidos con la crueldad de lo aparente.

«El hecho de que Endelit sea admirado por unos cuantos lunáticos no lo justifica ante el pueblo. Para los beseerevianos, Endelit no es un sabio ni un pionero. Su modo de pensar no es una demostración de racionalidad o inventiva. Sus «descubrimientos» son tan solo un engaño, una prueba de su pacto con las desconocidas fuerzas diabólicas. El que los conjuros de Endelit, mal llamados fórmulas por sus seguidores, parezcan corresponderse con la realidad, no indica que sus descripciones sean ciertas ni correctas. Son conjuros y, como tales, simples engaños dedicados a los que no son verdaderos creyentes. Querer reducir el

mundo a descripciones meramente matemáticas es una práctica aberrante, una herejía. El mundo es complejo y mágico, imposible de resumir en simples números o fórmulas sencillas. Los éxitos de Endelit son solo fracasos de la fe para alguien que se considera a sí mismo religioso.

«Para muchos beseereviananos, el aparente éxito de los conjuros matemáticos que usaba Endelit para describir el mundo y predecir su comportamiento tenía su origen en un encantamiento. La ciencia del sabio no fue sino magia negra, hechicería favorecida por los demonios con los que el brujo pactó. A cambio de su alma, y quién sabe con qué prerrogativas, el humano se vendió a los demonios e inventó con su ayuda la mal llamada ciencia, supuesto método para alcanzar conocimiento, que no era otra cosa sino un engaño con el que atrapar a incautos y malvados haciéndoles dudar de las verdades de la fe.

«Y, ¿cuáles son esas verdades de la fe?, se preguntará el ignorante, ya sea extranjero o beseereviano descreído y malvado. Las que hablan de la magia verdadera y del mundo real. Las que hablan de recompensas y castigos. Las que describen una realidad intangible que nada tiene que ver con conjuros, pócimas y matemáticas, sino con la fuerza del espíritu y la realidad de lo que no se puede aprehender por los miserables y engañosos sentidos.

«Los conjuros de Endelit pretenden simplificar el mundo, hacerlo comprensible y previsible, desterrando de él todo lo mágico y sobrenatural. Desterrando de él la presencia divina. Tan fuerte es la magia que los seguidores de las malas artes de Endelit pueden modificar la realidad a su gusto para que los resultados de sus experimentos coincidan con sus teorías. Establecen falsas relaciones entre los elementos naturales y las convierten en verdades inmutables en las que todos creen. Si un incauto se acerca a ellos, le repiten una y mil veces sus embaucadoras demostraciones que siempre dan el mismo resultado: aquel que ellos, con sus malas artes, han conseguido simular. Provocan con sus hechizos la apariencia de un orden en el universo. De causas y efectos. Se atreven a predecir

hechos futuros. Destierran del mundo los milagros, la verdadera magia. Destierran a los dioses.

«Hay pobres almas de Beseerevia que caen en sus encantamientos. Pero los sortilegios de esos brujos que se autoproclaman científicos, horrenda palabra con la que pretenden pasar por poseedores de la verdad, nunca podrán embaucar a las gentes pías y religiosas que confían antes en sus instintos que en sus sentidos o en su razón. La secta de los científicos se extiende lentamente en Beseerevia, aniquilando mitos, leyendas, milagros y fe. Pero a ella se opone la fuerza de los creyentes. Hay alguno que, llevado de un apasionamiento que más de un malvado llama fanatismo, ataca con violencia a los brujos y reniega, por principio, de todo lo que le demuestran sus sentidos. Estos personajes son considerados santos. Y resulta admirable su entereza de ánimo cuando, tratando de demostrar que los acontecimientos se deben a la mera casualidad o a la voluntad divina, se someten a terribles pruebas de fe.

«Se cuenta que doscientos de estos santos saltaron desde una montaña al profundo abismo para demostrar que la gravedad de los cuerpos no era una norma, eso que los brujos llaman ley natural, y, aunque esa vez todos cayeron al fondo del precipicio y murieron, nadie en su sano juicio, ningún hombre de bien, se atrevió a juzgar locura su intento. Otros se dejaron morir de inanición, confiando en que la mediación divina demostrase que la necesidad de alimentarse era solo una apariencia del mundo de los sentidos. Algunos caminan bajo las aguas a la espera de que los dioses les otorguen el don de respirar el líquido elemento y aún hay quien escucha a los animales tratando de adivinar su lenguaje sin otro método que la propia fe en el milagro. Y los hay finalmente que, perdida la esperanza, se limitan a rezar para que un nuevo diluvio caiga sobre las tierras de Beseerevia, anegando toda la maldad que hoy las invade.

«Muchos extranjeros censuran estas prácticas. También lo hacen algunos pobladores de Beseerevia, pobres espíritus cautivados por el engaño. Los científicos inventan máquinas y aparatos,

instrumentos con los que deformar la realidad, nuevos conjuros que fuerzan consecuencias donde no hay causas. No es raro que algunos espíritus débiles caigan en el engaño.

«No saben estas pobres gentes que al final de sus tristes vidas les espera la condenación. Solo a los piadosos, renuentes a aceptar que el mundo está gobernado por esas estúpidas leyes inmutables que los demonios y sus servidores han inventado, les estará reservada la luz. Solo ellos podrán conocer el mundo real más allá de los sentidos. Detrás de este mundo aparente existe una realidad mágica, milagrosa y divina, de la que disfrutarán los que se mantengan firmes en la fe de los mayores. Si la voluntad de los brujos y sus seguidores es capaz de torcer los hechos de esta tierra material, ningún poder tendrá en el mundo espiritual de los creyentes. Allí la felicidad esperará a los fieles por siempre jamás, mientras los orgullosos científicos permanecerán por toda la eternidad en su infierno de dudas y razón.

Dicho esto, calló el anciano y se quedó mirando al forastero con expresión astuta. El extranjero no sabía qué decir. No hizo falta. Tras breve pausa, el anciano hizo su advertencia:

—Extranjero, todavía puedes salvar tu alma. Sigue mi consejo y reniega de lo aparente. No tendrás otra oportunidad.

El viajero no hizo mucho caso de la advertencia. Se limitó a preguntar por aquello que le causaba curiosidad:

—Y tú, anciano, que pareces tan santo, ¿qué camino has escogido para alcanzar la perfección de la que me hablas?

—Eres perspicaz, extranjero, pues has descubierto que busco la plenitud de mi alma. Camino, sí, pero no busco camino. Espero el mayor de los milagros: llegar a pie a la Sagrada Ciudad de Be-seerevia sin haber pasado por el trance de la muerte. Si los dioses realizasen tan prodigioso milagro, demostrarían a los brujos y sus seguidores cuán falsa es la ciencia diabólica a la que se entregan.

El anciano calló nuevamente, seguro de que nada que pudiera decir sería tan definitivo como aquella confesión final. El extranjero lo siguió con la mirada mientras el viejo se alejaba caminando.

Se preguntó cuánto tiempo habría dedicado a su extraña búsqueda, que a él le parecía ridícula e imposible.

Más tarde, en pueblos y ciudades, el extranjero pudo encontrar otros místicos fanáticos. Había en Beseerevia cierto número de personas que, como aquel viejo, renegaban de la realidad aparente y preferían creer de todo corazón en sus mitos y sus dioses. También conoció algunos científicos. Y conoció mucha gente normal que, sin dejar de creer en ese mundo mágico tan familiar para un natural de Beseerevia, era capaz de mantener los pies en el suelo y confiar, aunque solo fuera como algo contingente, en la regularidad de los hechos cotidianos que les mostraban sus sentidos y la dudosa experiencia. Ser prácticos era un buen modo de sobrevivir, y no les impedía mantener sus brillantes sueños de una vida mejor en la ciudad sagrada de las leyendas.